

En aquel momento apareció la Condesa que estrechó entre sus brazos á la joven, pues por la precipitada salida de Giordina había comprendido que estaba en peligro su protegida.

Mientras tanto Giordina había llamado por teléfono al médico de la casa.

A pesar de las protestas de Ida, manifestando que se encontraba bien, la Condesa la obligó á meterse en el lecho.

Luego vino el médico y aseguró que la joven no ofrecía peligro alguno.

Entonces refirió Ida los pormenores de la emboscada. Al salir de la oficina se le había acercado una joven, dándole una tarjeta de la princesa Astolfi, que le rogaba vivamente pasase en el acto á verla para un asunto urgente.

Subió al coche con aquella mujer, que se titulaba doncella de la Princesa, y á los pocos momentos su compañera le acercó á la boca un pañuelo plegado que olía á esencias diciéndole:

—Respire usted fuerte. Esto le hará bien para reponerse de las fatigas del trabajo.

De pronto sintió Ida zumbidos de oídos, y una extremada languidez y cayó en un estado tal de postración, que aunque trató de rechazar á la supuesta doncella, no pudo conseguirlo.

Luego ya no recordaba más hasta el momento en que se encontró en otro coche con Giordina.

El médico declaró que Ida había sido cloroformizada, y que la mujer que le había suministrado el anestésico debía haber sido instruída por algún compañero de profesión, porque de otro modo ó no hubiese obtenido el efecto que se buscaba, ó la habría envenenado.

La narración que hizo después Giordina, fué acompañada por las lágrimas de Ida, de la Condesa y de la propia Giannina. ¡Cuán elocuentes eran aquellas lágrimas!

—Tú me has salvado la vida—exclamó Ida abrazándola con ternura—y acaso algo que vale más que la vida.



## XLVI

### La constituyente del feminismo.

LA gran conmoción producida en casa de la condesa Storni por la extraña aventura de Ida, y por el grave riesgo que había corrido, fué pronto disipada por los graves y múltiples cuidados que imponía á la Condesa y á sus auxiliares la próxima reunión general de la nueva *Alianza* nacional, y del trabajo febril que producía tal acontecimiento.

No se le ocultaba á la Condesa la importancia de este Congreso en el cual debían intervenir con sufragio deliberativo las delegadas de todas las provincias, para constituir definitivamente la nueva *Alianza* nacional, discutir y aprobar los Estatutos, elegir los cargos de los tres grupos y corresponder, en fin, al maravilloso entusiasmo con que la idea había sido acogida por las mujeres italianas, y desplegar ordenadamente, universalmente, su actividad y sus ventajas.

Por consiguiente, como había hecho siempre en la realización de su admirable labor de organización femenina, la Condesa se dedicó á considerar y disponer todas las circunstancias del próximo Congreso, con el objeto de que alcanzara un éxito completo. Y semejante labor de preparación iba, por decirlo así, creciendo entre sus manos, porque cuanto más trabajaba tanto mejor veía lo que quedaba por hacer.



Una relación completa respecto á las nuevas instituciones, debía comprender la primera parte para exponer el origen, los progresos, la naturaleza y el objeto de ella. En cuanto á los Estatutos que debían ser discutidos y votados por la Asamblea, convenía preparar el proyecto de ellos en forma clara, sencilla y breve. Pero precisamente por eso era largo y penoso el trabajo preparatorio, porque había que prepararse para vencer todas las dificultades, ilustrar, sostener y conducir á buen término todas las cosas, de modo que pudiera llegar á ser la única representación corporativa de los intereses femeninos en Italia.

Respecto al objeto principal, esto es, á las condiciones necesarias para el buen funcionamiento de la naciente Sociedad nacional, estribaba en la buena elección de las personas elegidas para los tres grupos, y especialmente en la secretaria general. Debía por tanto, la Condesa, como iniciadora del proyecto, conocer plenamente la naturaleza de los cargos y el valor de las personas encargadas de desempeñarlos.

También se debía preparar el Balance, esto es, dar cuenta á la Asamblea general de las entradas y salidas ocurridas en el estado preparatorio de la futura Sociedad, así como asimismo otro Balance de previsión de los ingresos y gastos del nuevo estado de cosas.

Y para que la inauguración de la nueva Sociedad resultara verdaderamente ordenada, solemne y grandiosa, convenía tomar con tiempo las disposiciones necesarias y hacer los preparativos precisos para el recibimiento y alojamiento de las invitadas que acudirían á la fiesta inaugural, para la función religiosa que debía celebrarse antes del Congreso, para el desfile público del cortejo y para los banquetes que debían contribuir á la mayor brillantez de la solemnidad.

Cuanto más se acercaba el gran día del Congreso, tanto más el ánimo de la Condesa aparecía preocupado. Pero como había previsto y preestablecido todas las cosas, procedía con cal-

ma inalterable, concentraba y condensaba toda su actividad directiva, y reforzaba los medios de ejecución, con el objeto de que todo se hiciera con prontitud.

Llegado por fin el día de la gran Asamblea, la Condesa sólo se ocupaba en celebrar dignamente la inauguración de la *Alianza nacional*.

En las estaciones de los ferrocarriles y de los tranvías, por las calles y por las plazas, tapizadas con manifiestos y carteles de varios colores, con el programa y con otras indicaciones concernientes al Congreso; en las ventanas y en las tiendas, adornadas con emblemas; en todas partes, en suma, se escuchaba un clamoreo incesante y vertiginoso, como si todas las gentes constituyesen una sola familia y se preparasen á celebrar una fiesta doméstica.

El tema obligado de todas las conversaciones era, naturalmente, el Congreso, y el nombre de la condesa Storni estaba en todos los labios. Parecía que toda la ciudad estaba orgullosa de constituir el centro, la Sede suprema de aquella fiesta.

Como queda indicado, el Congreso dió principio con la función religiosa.

Millares de personas, pertenecientes á todas las clases sociales, se congregaron en el vasto templo, animadas todas de un solo sentimiento de fe y de fraternidad cristiana. Cuando el orador sagrado se dirigió á la concurrencia con palabras de saludo y bienvenida, el silencio fué absoluto. Después trazó á grandes rasgos la misión redentora de la nueva Sociedad, haciendo ver las ventajas que reportaría á todo el país, á las mujeres, á las familias, y concluyó invocando á la Santa Virgen; la *bendita entre todas* las mujeres, rogándole encarecidamente que extendiera su manto celestial y acogiese en su corazón immaculado á la nueva *Alianza* y á todas las adheridas á ella. Entonces la conmoción se pintó en todos los semblantes, y no pudiendo desbordarse el entusiasmo en vítores y aclamaciones



por la santidad del lugar, la conclusión del sermón fué acogida con lágrimas de alegría.

Bendecida por el obispo la bandera social, el cortejo se encaminó al *Politeama*, que era el lugar designado para la Asamblea. Las adscritas á la *Alianza* nacional marchaban en grupos, y detrás de ellas venía larguísima fila de las que componían la *Alianza* local, precedidas de la condesa Storni y de las señoras del Consejo. Cerraba el cortejo una representación del Municipio, que había acordado asistir á la reunión y asistir en su palco á la reunión inaugural.

El paso de aquella muchedumbre de mujeres por las calles principales, provocó ruidosas manifestaciones de entusiasmo. Al aparecer la Condesa, los aplausos fueron ensordecedores. Vestida sencillamente de negro, á pesar de su serenidad, no pudo menos de conmoverse al verse objeto de tales muestras de simpatía, y nuestra heroína Ida, que la amaba tanto, lloraba á su lado de satisfacción.

Cuando la Condesa llegó al *Politeama*, éste se encontraba ya bien lleno de gente. Las butacas y las galerías estaban destinadas exclusivamente á las mujeres; los palcos se veían repletos de señoras y de caballeros; el proscenio se había reservado para las delegadas que bajo la presidencia de la *Alianza* local, debían elegir á la futura presidenta, constituyendo definitivamente la nueva Asociación.

No hay modo de describir el entusiasmo que se apoderó de todo el mundo cuando la Condesa ocupó su puesto en el escenario. Los aplausos y las aclamaciones resonaron con tal estrépito, que parecían no tener fin.

Bastó, sin embargo, que la Condesa empuñase la campanilla presidencial, para que en el acto reinase el mayor silencio.

Se levanta entonces y con voz límpida, segura, vibrante, dice:  
—¡Señoras, amigas, hermanas!

»Si nuestros antepasados pudiesen hoy volver entre nosotros,

se mostrarían asombrados ante el espectáculo singular y para ellos extrañísimo, que ofrece en este momento la asamblea general de la *Alianza* femenina. ¡Las mujeres asociándose solas, organizándose solas, deliberando y votando solas, van á constituir un gran ejército social que ya se extiende por todo el país! Y lo que haría más singular, más extraño este fenómeno, sería que el hecho de que se trata no nos lo ofrece una pequeña minoría de mujeres italianas, las cuales queriendo destruir la naturaleza y la tradición, pretenden apresurar el tipo de la *mujer nueva*, emancipándola de los deberes del sexo en el orden privado y público, para colocarse en guerra abierta con los hombres; sino que procede la gran mayoría del pueblo femenino, que se jacta de ser fiel al ideal de la *mujer antigua*, heredado de sus antecesores, y pretende unir juntos los principios, las tradiciones, las costumbres cristianas de la familia italiana con programas, métodos y medios de acción y de organización, que obligan á la mujer á salir del santuario doméstico para arrojarse en la agitación de la vida pública y defender sus derechos. ¡Qué aberración, qué extraño les parecería todo esto á nuestros antepasados para la propia mujer, para la familia y para la sociedad!

»Al condenar tan severamente la obra de la *Alianza*, nuestros excelentes padres cometerían un error, por la sencilla razón de que nacidos en otros tiempos, esto es, cuando la mujer tenía en la familia educación, ocupación y derecho, y viviendo en ella se desenvolvían todas sus actividades, no podrían apreciar las condiciones de nuestros tiempos, en los cuales la mujer, por la revolución sobrevenida en los métodos de producción, y por la anarquía intelectual y moral determinada por el individualismo, si no quiere sucumbir ante el egoísmo del hombre, debe prepararse á trabajar por sí, debe en muchos casos salir de casa á ganar su pan, debe constituirse no sólo en sus deberes sino también en sus derechos, para poderlos defender contra la in-



vasión del hombre; debe, en suma, ejercitar su actividad para bastarse á sí misma cuando á sus intereses no atienda ni la familia ni la sociedad.

»Por eso es por lo que hoy la comunidad de intereses conduce á la mujer á la asociación, como hacen los hombres.

»Este fué el concepto que nos guió al fundar primeramente la *Alianza* local y después la nacional, que hoy se constituye definitivamente é inaugura con tal solemnidad su acción, en beneficio de la mujer italiana.

»El estímulo para tan ardua empresa nos lo ha dado el hecho evidente de que la organización femenina es reclamada por la índole de los tiempos, de tal modo, que si no se hubiese creado institución, antigua en los principios y nueva en los métodos, para reunir á las mujeres italianas, éstas hubiesen ingresado en otras sociedades, nuevas en los principios y en los métodos, es decir, en el radicalismo con daño y ruina de la mujer, de la familia y de la sociedad.

»El efecto que ha obtenido nuestra obra, lo dice á Italia entera el número de las adheridas y el espectáculo de este día memorable, que señalará una fecha verdaderamente histórica en los anales de nuestra patria.

»Nada más añadido, porque tendría mucho que decir si debiese expresar todo lo que el corazón me dicta en este momento. Ni siquiera doy las gracias por el favor con que fué acogida nuestra obra, ni por el plebiscito grandioso de las mujeres italianas, ni por este universal entusiasmo... No, no añadido nada, porque todo lo que tratase de decir resultaría pálido para manifestaros la intensidad de nuestro reconocimiento.

»Pero lo que no puedo callar es el hecho de que en lo sucesivo la mujer italiana tiene en la *Alianza* nacional la facultad de decidir la propia suerte, y no puede decidirla más que con adoptar todos los medios del progreso moderno, para hacer más provechoso el patrimonio inalienable de las antiguas tradiciones.

»Después de esto, como presidenta de la *Alianza* local á quien correspondió hasta hoy la dirección provisional de la *Alianza* nacional, declaro abierta la asamblea constituyente y la primera reunión general de la misma...»

Concluido el discurso, que fué interrumpido con aplausos interminables, Ida leyó la relación del origen y desarrollo de la Sociedad y el programa de los trabajos futuros. También aquí resonaron muchos aplausos.

Luego se llegó al acto más importante del congreso, esto es, á la elección de la nueva presidencia que la Condesa estaba resuelta á rechazar, declarando que no podía entrar en la dirección de la *Alianza* nacional, para consagrarse á la *Alianza* local.

Levantóse, por tanto, y anunció que se debía proceder, en primer lugar, á la elección de la presidencia general, después de lo cual se elegirían las presidencias de los tres grupos principales. Manifestó que deseando consagrar todas sus fuerzas á la Sociedad local, estaba firmemente decidida á no aceptar cargo alguno en la *Alianza* nacional. Invito, pues, á las delegadas á votar la nueva presidencia.

Entonces se levantó una de ellas y dijo con voz conmovida y solemne:

—Si la *Alianza* local es obra de la condesa Storní, la *Alianza* nacional es su obra maestra. Propongo, pues, que sea elegida por aclamación para la primera presidencia general, y ruego que la Asamblea confirme esta elección con un aplauso unánime.

A estas palabras todas las delegadas se pusieron en pie aplaudiendo y gritando:

—¡Viva la nueva presidenta!

Aunque visiblemente conmovida, trató la Condesa de hablar muchas veces para insistir en su propósito; pero siempre fué cubierta su voz por los aplausos y los vivas. Por lo tanto, tuvo que aceptar aquel puesto.



En escrutinio secreto fueron elegidas las presidencias de los tres grupos, resultando elegidas las más idóneas.

Por último se llegó al postrer punto de la orden del día: *Observaciones y votos de las asociadas*. La presidencia anunció que se podía hablar aunque nada más que durante cinco minutos.

—¡Pido la palabra!—se oyó decir en un palco del primer piso.

—Hable usted—respondió la presidenta, que había visto levantarse en el palco á la princesa Astolfi.

Entre el asombro de todos, ésta dijo:

—Después del gran plebiscito, la *Asistencia* femenina que tengo el honor de presidir, ha acordado, después de larga deliberación por unanimidad, fundirse con la *Alianza femenina nacional* y convocar lo antes posible una reunión general para comunicar á todas las asociadas tal resolución, invitándolas á inscribirse en la *Alianza*, por realizar ésta con mayor facilidad nuestro programa. Tengo mucho gusto en participar tal deliberación á la Asamblea, y también para hacer público la alta estima que profeso á la ilustre organizadora de la *Alianza*.

Estas palabras que constituían un nuevo triunfo para la Condesa, fueron aplaudidas con el más vivo entusiasmo.

Pronto llegó un triunfo más.

Apenas había terminado de hablar la señora princesa Astolfi, cuando se oyó en un palco tercero una voz argentina exclamar:

—¡Pido la palabra!

Era nuestra estudiante Celia, ya conocida de los lectores.

—En nombre mío—dijo—y de otras dos estudiantes en la Universidad, antes adheridas á la *Liga feminista*, declaro que después de haber seguido con atención el desarrollo de la *Alianza*, su actitud responde por completo á nuestros propósitos. Por consecuencia, todas tres ingresamos en la *Alianza*, proponiéndonos además trabajar cerca de la *Federación universitaria feminista* para que se adhiera á la *Alianza*.

Nuevos y atronadores aplausos.

Luego siguieron algunas otras adhesiones y observaciones, y cuando estaba para terminar la Asamblea, resonó en las galerías una voz resuelta, que gritó:

—¡Pido la palabra!

Todo el mundo volvió la cabeza hacia este sitio, incluso la Presidencia, que no tardó en reconocer á Olga Fioroni, en pie, esperando que la otorgase licencia para hablar. Sonrió la Condesa y dijo con calma:

—¿Es la señorita Olga Fioroni, secretaria de la *Liga feminista*, quien ha pedido la palabra?

—Sí, señora.

Murmullo universal y exclamaciones de asombro, por el hecho de que hubiese entrado en el teatro una persona que no debía tener billete de invitación.

—Sepa usted, señorita—replicó tranquilamente la Presidencia—que no pudiéndose entrar aquí sin pase personal, debería negarle la palabra. No obstante, permitiré que usted hable, si me promete atenerse á la orden del día. Diga usted si está dispuesta á hacerlo.

—La palabra es libre.

—¡Sí ó no!

—Es una reunión pública.

La Asamblea se agita y el murmullo crece.

La Presidencia toca la campanilla y luego dice:

—Esta no es una reunión pública. Es una fiesta de familia, hermosa y solemne, en la cual la dueña de la casa, sostenida por todos los miembros que la han elegido, tiene el derecho y el deber de impedir que se turbe el orden.

—Pues renuncio á la palabra—gritó la Fioroni, con un gesto de desdén y de desprecio.

—Nunca estuvo en el uso de ella—repitió la Condesa, entre risas y aplausos.



Renacida la calma, la Presidencia indicó que el orden del día estaba agotado y que, por lo tanto, debía cerrarse aquella solemne reunión general; que en los días sucesivos se continuarían los trabajos, ocupándose principalmente en la discusión de los Estatutos y en la elección de las tres Juntas permanentes. Con visible emoción dió gracias á la Asamblea, á la Autoridad, al Municipio y á todos los que habían prestado su apoyo á la *Alianza*. Por último, concluyó diciendo:

—¡Señoras, amigas, hermanas!

»Definitivamente constituida hoy nuestra Asociación, adquiere jurídicamente su puesto en la vida del país, como la más vasta y numerosa institución nacional.

»Firme en su derecho, esto es, en la libertad igual para todos, la Asociación resulta tan fuerte, que si bien no participa directamente en la vida administrativa y política, nada se podrá realizar sobre los intereses femeninos sin su concurso. Aseguramos de este modo, por la fuerza del número, la libertad é independencia de nuestra acción contra todo abuso, y podremos con toda tranquilidad ejercitar nuestra obra, para ofrecer á la patria el fundamento inconcuso de su unidad moral, que es el verdadero principio, la fuente genuina y perenne de su fuerza, de su prosperidad, de su grandeza. Unidad moral entre el pasado y el porvenir, determinando en el presente una corriente de vida, inspirada en todo lo que hay de grande en las tradiciones del pueblo italiano. Unidad moral entre los varios órganos para que la mujer pueda ejercitar su maternidad social en la regeneración y unificación de la patria.

»Por tanto, la *Alianza* nacional no es un partido de guerra que excita á las mujeres á luchar contra los hombres para la perfecta igualdad de los derechos económicos, civiles y políticos, haciendo más ancha y más profunda la llaga social del moderno proletariado, sino una milicia de paz, que con sus fuerzas defiende su libertad, y de ella se sirve para beneficiar al hom-

bre y á la mujer, la familia y la sociedad, mediante el ejercicio perfecto, constante, universal de la maternidad social.»

Apenas hubo acabado de hablar la Presidencia, el entusiasmo se desbordó de nuevo, prorrumpiendo todo el auditorio en aplausos y aclamaciones, que se renovaron entre la inmensa multitud congregada en la plaza cuando la Condesa salió en coche descubierto con su fiel secretaria la joven Ida.

—¡Me la han pagado!—dijo la Condesa al ponerse en marcha.

—Quien la hace que la espere.

—Hoy eres la secretaria general de la *Alianza*. Mañana presentarás la renuncia de tu destino en Telégrafos.

—¡Alabado sea Dios! ¡Voy á saltar de alegría!





## XLVII

### Después de la derrota.

Los últimos acontecimientos, que habían precedido y acompañado á la inauguración triunfal de la *Alianza*, y que todavía continuaban en diversas fiestas, mantenían en el campo enemigo no sólo un estado cada vez más angustioso, sino que producían verdadera desesperación en los dos personajes más comprometidos en aquel triste negocio.

La pobre presidenta de la *Liga feminista* no podía encontrar un momento de reposo, de tal manera su condición se había vuelto intolerable, que deseaba salir de ella á toda costa.

La continuada y dura guerra entre los dos ejércitos de la *Liga* y la *Alianza* estaba ya concluída; aquélla yacía deshecha en la más espantosa derrota; ésta era dueña del campo y marchaba de triunfo en triunfo.

En todos los semblantes leía la señora Schwitzer la burla que inspiraba su vencimiento. En cambio la condesa Storní era el ídolo del pueblo, la reina de los corazones.

Después de haberla provocado tantas veces á la guerra, después de tanta publicidad, de tantos retos, triunfaba en toda la línea. Ya la parte más numerosa y mejor de su ejército se había desbandado; de mes en mes decrecía el número de las cuo-

tas cobradas. Sólo quedaba á sus órdenes un grupo, y éste estaba compuesto por la hez del socialismo.

¿Qué hacer? ¿Prolongar la agonía? ¿Permanecer en el timón de una nave desarbolada, que iba á ser engullida por las olas? ¿Comparecer en público, mostrarse á las gentes, tratar con todas las personas como presidenta de la *Liga* para ver en todos los semblantes la propia condena, para beber gota á gota el tósigo de la desesperación?

Cuando el plebiscito nacional de dos millones de votos á favor de la *Alianza*, la había revelado claramente que en adelante la *Liga* estaba vencida para siempre, si un pensamiento más alto, el de arrojar al rostro de sus cooperadores la ingratitud, el egoísmo, la traición, no la hubiese contenido, y si además no hubiera tenido un rayo de esperanza. Pero después de aquella famosa reunión, en la cual las consejeras habían colmado la medida de la petulancia y de la felonía, el rayo de esperanza se había disipado en absoluto.

Y la solemne inauguración de la nueva *Alianza*, con la elección de la Storní y de la Piumetti para la presidencia y la secretaria, demostraba hasta la evidencia que esta Sociedad llegaba al colmo de la victoria.

No había duda alguna; la *Liga* estaba muerta.

Luego también debía morir su presidenta, como ya había resuelto en otra ocasión, suspendiendo el suicidio solamente por no mostrarse cobarde abandonando el campo de batalla, antes de haber llamado á cuentas por última vez á su estado mayor.

¡Extraña contradicción! Ahora que todo parecía empujarle al suicidio, la señora Schwitzer distaba mucho de tener este pensamiento y no veía la salvación más que en la fuga imprevista y oculta.

Italia, que había sido siempre para ella el país encantado, en el que pensaba concluir poéticamente sus días, le resultaba ahora odiosa, insoportable.



—¡*Verdammentes Bigottenland!* (Maldito paso *degazmoños*)—decía rugiendo.—No, no poseerás mis huesos. Pronto, pronto, fuera de esta tierra execrada, de estas hordas fanáticas, de este aire impregnado de fetichismo. Largo de aquí; quiero morir tranquila. Quise redimirte, regenerarte, sacar á tus mujeres del embrutecimiento, del idiotismo, de la esclavitud. Pero no has entendido otros feminismos que el de mis escudos... No, no tendré paz hasta que te haya vuelto la espalda, cuando pasados tus límites, podré mandarte la última maldición. Entonces sabrás quizá lo que has perdido.

Firme en su proyecto de fuga, trazó por escrito las disposiciones que debían seguirse después de su partida en todos los asuntos que la interesaban. Tales disposiciones consistían: una declaración formal al Consejo directivo de la *Liga*, renunciando de manera irrevocable á la presidencia; instrucciones particulares á la secretaria y á la cajera, sobre el modo cómo debían prescindir de sus intereses desde el día de la renuncia; una exposición de todos sus gastos en beneficio de la *Liga*, que ascendían á 150.000 liras; un inventario de todos los objetos de sus propiedad, y un memorial al Consejo sobre las razones que la obligaban á dimitir.

Para no comunicar á nadie su secreto, ni siquiera á Brandini ó á la Fioroni, escribió por sí misma todos estos documentos, trabajando noche y día...

Otra persona que ansiaba también liberarse de su estado de agonía insoportable era la famosa comadrona.

Imagínese el lector la situación en que se encontró aquella célebre noche, cuando aguardando en su casita de campo, acompañada de Brandini y de la Schwitzer, la llegada de su víctima, supo que el pájaro había volado. Una loba hambrienta á quien se quita de las garras un corderillo, no sentiría mayor rabia ni mayor furor que la vengativa mujer.

Despidió á sus huéspedes apresuradamente, temiendo ser

descubierta y luego se marchó á pie hacia la ciudad por las calles menos frecuentadas para no ser vista de nadie.

Durante algunos días, permaneció como alelada, pasando las noches en delirar contra sí misma y contra todos por su maldita suerte.

Entretanto, llegaron los preparativos para la primera reunión general de la nueva *Alianza*, y la solemne jornada inaugural, con las demostraciones y fiestas extraordinarias en que tomó parte toda la ciudad y que se prolongaron en los siguientes días.

Entonces se vió sola é inerme enfrente de un ejército aguerrido é invencible.

Brandini, con sus fanfarronadas; la Schwitzer, con su *Liga*, ya moribunda; la vieja bruja, con sus oráculos fallidos; todos se habían mostrado impotentes para ayudarla en la lucha. Sólo ella estaba en pie enfrente de su rival. Y esta última, que también la había vencido muchas veces, era ahora secretaria general de una poderosa organización, disponía de una fuerza inmensa en todo el país y no tardaría en vengarse dándole el golpe de gracia.

Y claro está que á la comadrona no se ocultaba que Ida podía encontrar motivos para echar sobre ella todo el rigor de la ley, para hacer que se prohibiera su infame tráfico, para mandarla á galeras. Porque demasiado sabía que uno de los objetos predilectos de la *Alianza* era el de combatir sin descanso la profesión que ella ejercía. Luego prescindiendo de su resentimiento personal, Ida, por principio de conciencia, debía causar su ruina.

Por lo tanto había necesidad de adoptar una resolución extrema, decisiva. ¿Cuál?

La comadrona sólo veía abiertos dos caminos: ó renunciar á su tráfico, cerrar la casa y cambiar de domicilio, trasladándose á un país lejano del campo de su derrota, ó buscar la manera de vengarse con un golpe desesperado.



El primer partido lo rechazó desde luego como irrealizable, de tal manera le atormentaba el pensamiento de la pobreza y el de renunciar á la venganza. Por otra parte, sabía demasiado que para tomar esta resolución siempre habría tiempo, cuando el segundo proyecto hubiese fracasado; entonces sería cosa de pensar en ceder el campo.

Á meditar sobre este último proyecto se dedicó con todas las facultades de su imaginación la astuta mujer, para urdir un nuevo asalto en el cual sucumbiese su adversaria con seguridad.

—Sí, sí—se decía—esa mujer debe morir; mientras esté con vida yo moriré de rabia y de desesperación, arrastrando una existencia de infierno que es la peor de las muertes. Si tengo que jugar mi vida para tomar la suya, la jugaré... Sí, iré á galeras, al patíbulo si es preciso... Pero si puedo hacerlo con el auxilio ajeno, haciendo que las sospechas recaigan sobre mis cómplices, entonces tanto mejor... Acaso lo consiga... Allá veremos.

Al llegar aquí empezó á examinar todos los planes para asegurar su venganza, buscando al propio tiempo á las personas de quien pudiera servirse para ejecutar sus atroces designios, pues intentaba, como ya se ha dicho, sacar las castañas del fuego con mano ajena, esto es, urdir una trama en que ella corriese el menor riesgo de ser descubierta. Entre los nombres que acudieron á su mente como instrumentos más idóneos para entrar en el plan que fraguaba, se fijó, desde luego, en el de la señora Schwitzer.

La astuta comadrona suponía que, después de la inauguración triunfal de la *Alianza*, la alemana debía de encontrarse en tal estado de perturbación mental que sería fácil empujarla á cualquier empresa desesperada. Si obtenía su concurso, la infame mujer se arreglaría de manera que todas las responsabilidades cayesen sobre su cómplice.

Persuadida de haber dado en el blanco y de realizar fácilmente su propósito, dijo:

—Ahora que hemos resuelto la dificultad no perdamos tiempo... ¡Manos á la obra!

Mandó en seguida una persona que fuese á pedir hora á las oficinas de la *Liga* para ver á la señora Schwitzer, pero allí le dijeron que la presidenta andaba muy ocupada en aquellos días y apenas se presentaba en la Asociación.

Entonces la comadrona le escribió con gran misterio, diciéndole que tenía que darla noticias de gran interés.

La Schwitzer contestó á la carta, citando á la comadrona para el siguiente día.